

Memoria de desván

José Antonio Cobeña Fernández



Fue su mirada la que me trajo los recuerdos de aquellos días. Fueron sus ojos los que me devolvieron las fuerzas necesarias para seguir viviendo. Fue su cara la que me devolvió la ilusión de compartir de nuevo la vida con ella. Todo ocurrió en aquel desván del pueblo, cercano a la capital de la sierra. Abrí el pequeño baúl viajero, y todavía estaba allí. Era un grabado de colores desvaídos, en los que todavía se podía vislumbrar el pincel mágico de su autor, porque solo le había preocupado la mirada, dejarla intacta para los que quisieran recrearse en ella, sin importarle espacio ó tiempo.

Los pájaros intentaban entrar una y otra vez por el pequeño tragaluz de la buhardilla. Parecía que quisieran refugiarse allí y posarse en la mirada de aquella mujer pintada por manos expertas. Sin tocarla. Sin mancharla. Solo acompañarla con sus cánticos amables, llenos de frescura serrana, de luz cegadora, de frío casi glaciar, tiritando hasta alcanzar estertores de otro mundo, con aleteo insinuante, como diciendo: te queremos cuando te vemos, porque tu mirada nos conmueve. Los miraba con envidia y con cierto recato porque en cualquier momento podrían transportarla, entre algodones, a sus nidos picofacturados. Y podría perderla para siempre jamás.

Aquel descubrimiento fortuito de una noche de invierno me permitió reconstruir lo vivido lejano a través de una paleta de colores que me recordaban a Botticelli. Ocurrió hace veinticuatro años. Solíamos caminar juntos, en silencios clamorosos, buscando el mejor momento de decirnos palabras de reconocimiento que solo se podían trenzar a través de los sentimientos que habían nacido junto al mar, la mar de la Punta del Moral, cerca de la frontera portuguesa. En masculino, el océano atlántico. Aquella barriada era muy querida para nosotros porque habíamos conocido a un poeta local, siempre perseguido por la autoridad competente porque se resistía en una soledad clamorosa a que la casa de su niñez marinera, la de sus padres, desapareciera por la avanzadilla del turismo irresponsable. Y sigue siendo hoy un símbolo, viviendo en una casa rural rodeada por un campo de golf de última generación.

En aquella madrugada iban a ocurrir cosas que no sospechábamos al tomar el café de despedida para la singladura de fin de semana. Noviembre. Un viaje hacia alguna parte para las personas que nos escuchaban semana a semana en la radio local, en un programa de compromiso social para dar a conocer la dureza del trabajo diario de profesionales desconocidos. Y decidimos embarcar en una patera de aspecto clandestino, camino de la barra, acompañados por marineros avezados y una perra, *Cañaila*, que ladraba a los cuatro vientos como ahuyentando aquellos espíritus que adivinábamos a babor y estribor. Las instrucciones eran precisas: todos de pie, en fila india, en el centro de la frágil patera y sin movernos. Todos en silencio, excepto la perrilla, en una cáscara de nuez sin quilla.

Nos acercábamos al barco grande. Fue un abrir y cerrar de ojos al querer acariciarlo con las manos abiertas en la noche cerrada, tocando la proa. Aquella nuez enfadada por sobrellevar cuerpos inexpertos, se separó de la proa como si le hubiera dado miedo tanta confianza, bailó una danza inesperada y nos lanzó a la soledad del mar nocturno, de su mar amiga. En la oscuridad perversa de aquella noche estrellada, con una luz tenue que asemejaba un foco de bocacalle antigua, de tulipa, la única luz posible, orientaba a la protagonista de aquella foto del baúl para salvar a los que se habían caído al mar, a los compañeros de aquél trabajo comprometido con el dinero público, para trasladar a los hogares tranquilos de la provincia la realidad del mar de Sorolla, para que pudiéramos gritar a los cuatro vientos que luego *decimos que el pescado es caro...* Y sin saber cómo, cuándo y por qué, aquella sirena varada junto al barco nodriza de experiencias, *El Largo*, diecisiete metros de eslora, atenta a los movimientos airados de la vida, comenzó a izar uno a uno a los náufragos de la noche, en una interpretación mítica de un nacimiento propiciado por Venus, aquella mujer de la mirada ovalada y de amplia frente, recogiendo también en lo que quedaba sano de la barquilla las flores que se lanzaban desde el cielo.

Y fueron salvados. Un gesto sin precedentes. Una salvación insólita. Los pescadores del lugar decían a voz en grito que pocas veces se salvaban los pescadores que caían junto a las corrientes subterráneas de la barra, pero había bastado la confluencia de intereses divinos y humanos para que el nacimiento de Venus se hiciera extensivo a personas que podían formar parte del mito neoplatónico, porque las fuerzas desatadas del cielo y el mar se conjuraron para ayudar y ensalzar a aquella mujer, cuya mirada, cuando me asomé desesperado al nivel del mar, después de la caída, nunca más se me olvidaría.

No era cuestión de pesca lo que preocupaba al mar, la mar, aquél día. La singladura se hizo a pesar de todo, el mar estaba enfadado y pocos peces quisieron subir a las redes de aquellos hombres atenazados todavía por el disgusto que la propia mar, su mar de todos los días, les había proporcionado. Fueron horas interminables, palanganas de pescado fresco, *alcatruces* con pulpos pidiendo perdón antes de morir bajo las botas de aquellas personas que solo querían demostrar al mundo entero que otro mar es posible. Un ir y venir desenfrenado por la superficie de manga y eslora. Desencanto compartido porque las redes fondeaban una y otra vez el mar, la mar, en busca de peces imposibles. Silencios inconfesables para lobos de mar que debían ser corderos en tierra para poder seguir viviendo todos los días, todas las horas de una existencia marcada por el destino de las aguas de la mar fronteriza.

El día era espléndido. La emisora costera permitía saber de los demás aventureros de la noche y del día, pero el patrón no se atrevió a contar lo sucedido porque aquello no era posible en un barco de tierra, sin relación con los cielos, con un capitán intrépido hasta la muerte. Nadie lo iba a creer, porque los lobos de mar son dados a contar historias imposibles y aquello no parecía cosa de hombres, aunque el patrón era muy respetado en su círculo de amigos. Los nombres propios en portugués y español salían a la luz para identificar lo que hoy era un secreto a voces: “¡hoy no ha sido buena la singladura!” y por los altavoces corría un mensaje larvado que no se debía gritar a los cuatro vientos de la barra traicionera, aquello ya conocido por los hombres de la mar turquesa, lo que se traían entre manos, entre dientes. Los marineros de *El Largo* callaban, porque la historia vivida iba a ser la historia jamás contada. No tenían pesca para exhibir, pero llevaban en su mente, en su corazón,

una historia de la madrugada que iba a dar mucho que hablar en el pueblo. ¿Cómo lo explico yo?, decía el patrón para sus adentros. Y volvió al puesto de mando para escribir cosas ininteligibles en su soledad sonora, en su cuaderno de bitácora tan particular.

Comimos en alta mar. Todo era compartido en una lección inolvidable. Fuentes, platos, cubiertos, jarrillas de lata, vino, pan, en una cocina muy acogedora, la proa desalojada de artes de pesca, con un mantel de agua salada. Boquerones, chocos, acedías y algunas gambas. Cigalas. Amistad y camaradería. Mareo de grumetes. Sala de máquinas. Experiencias y timidez a los cuatro vientos. Silencios en historias ocultas para algunos. Y una emisora de fondo transmitiendo saludos de localización y seguridad costera como intuyendo que algo había pasado en *El Largo*, como un secreto a voces que no se debía comentar entre hombres de la mar.

Eran las siete en punto de la tarde. Había que regresar a puerto, a la ría Carreras, y decir la verdad descarnada, aunque tuviéramos que contar muchas veces que se había intentado, que las redes se habían lanzado al mar como era lo habitual, que los *alcatruces* estaban allí como testigos de cargo de que los pulpos se habían rebelado antes de morir. Que habíamos vivido momentos de tensión inusitada para los aguerridos pescadores de la normalidad. Que habían asistido a una salvación que a lo mejor se podía contar hasta altas horas de la madrugada en el bar de Antonio, echando toda la imaginación que fuera posible para explicar con palabras cercanas lo que solo era posible en las películas de la medianoche, en el cine de las estrellas, en un Cinema Paradiso muy particular.

Llegamos, por fin, a la barra del pequeño puerto salvaje, sin los medios que necesitaría para evitar riesgos de todo tipo. Todo eran recuerdos de una salvación anunciada. Otra vez la mirada, siempre la misma, siempre en la cara ovalada, ligeramente inclinada sobre su hombro derecho, con la mano abierta sobre el pecho, con azul de fondo tomado de la mar cuando la pudimos disfrutar en calma. Prometí que nunca más la olvidaría, siempre sus ojos, siempre su alma, siempre su pudor de los años jóvenes, porque cuando todo era posible para que el mar enterrara definitivamente los sueños de cuentos que podían interesar al mundo de diario, una mano amiga, una posición correcta sobre la popa de aquella maravillosa nuez enfadada, bastó para que nunca más olvidara el poder de aquellos ojos, de aquella mirada que suplicaba a los dioses del mar que no dejara enterrar en sus entrañas a quien podía resucitar para una nueva vida, a pesar de la inexperiencia, a pesar del mar que lo llamaba voz en grito, como desesperadamente, en una noche cualquiera de noviembre.

Salimos a pasear cerca del quejigo que conocíamos como la palma de la mano. Aquella sierra permitía establecer un contacto especial con la madre Naturaleza. Los castaños ofrecían sus frutos turgentes, desafiantes y punzantes. Era una terraza terrenal que permitía adivinar cuadros de puestas de sol que no estaban al alcance de los mercaderes del arte. Y cuando nos dimos cuenta de la Hora, la foto del baúl -el cuadro de Botticelli- se nos apareció en una noche mágica, donde los dos Céfiros gritaban a los cuatro vientos que aquella Venus del mar, nacida en una noche de infierno, era sobrenatural. Era, sencillamente, una diosa.